

ESPAÑA PINTORESCA.



El Hospital Civil de Bilbao.

Uno de los pueblos de España que en pequeña circunferencia reúne aquellos edificios, tanto sagrados como profanos, que las necesidades del siglo hace precisos á un pueblo culto y civilizado, es sin disputa la villa de Bilbao. Regulares Iglesias, suntuoso Cementerio, grandioso Hospital, bien montada casa de Beneficencia, magnífica Plaza, serias y sólidas casas consistoriales, gracioso teatro con esbelta fachada, elegante puente colgante, segundo en la nación; y en fin, otros muchos que los viajeros y geógrafos los han individualizado y elogiado como merecen; pero el que mas llama la atención por las circunstancias que en él concurren, es el Hospital civil, del que nos proponemos dar una idea, aunque mal disertada, en este artículo.

Imposible parece que un edificio, en el que se reúnen con ostentación la conveniencia y belleza, se hubiese llevado á efecto sin mas medios que la caridad pública. Al benéfico pueblo de Bilbao, á su respetable Junta y á las limosnas de varios filantrópicos particulares, se debe empresa tan gigantesca; el adjunto dibujo, copiado con la posible exactitud del original, dará una idea de las fachadas principales del edificio.

En el año de 1818, día de Ntra. Señora del Pilar de Zaragoza, cuya conmemoración celebra la Junta, se dió principio á la demolición del antiguo hospital que existió en el mismo sitio, contiguo á la parroquia de los Santos Juanes, cuyo nombre conserva, así como la plazuela que está á su frente. Espresar los pormenores que ocurrieron en aquellos momentos al ver al pueblo acudir en masa á tomar parte en los trabajos, sería empresa difícil, y saldría del fin principal que nos hemos propuesto; pero no debe pasarse en silencio el empeño que las diferentes hermandades, cofradías y gremios de ar-

tes y oficios ponían en distinguirse en la saca de escombros, conducción de tierras, y transportes de materiales, que los obreros inteligentes necesitaban para el relleno de tan sólidos cimientos (1). Esta espontaneidad tenía que cesar precisamente tan luego como se concluyeran los fundamentos generales de la fábrica, que era adonde se podían emplear con utilidad sus brazos; y desde entonces principiaban los apuros de la Junta para continuarlo hasta su consecución, venciendo los grandes obstáculos que por todos lados se encontraban. La empresa fue grande, los medios escasos; se necesitaban fondos, y para conseguirlos se hacia preciso buscar recursos. Se trabajaron pues las tiendas bajas que se ven al costado ó fachada del Mediodía y Poniente, y los productos que estas principiaron á reportar, sirvieron de garantía al dinero que debía sacarse á interés. Segun la obra se adelantaba á favor de la mas constante actividad, iban juzgando limosnas, continuando así hasta el año de 1828, época en que el edificio estaba concluido en la parte material; es decir, en todas las obras esteriorres mas necesarias, abrigado y en disposición de que algunos salones prestarán su debido servicio. La venida de Fernando VII de vuelta de Cataluña por estas provincias, y por consiguiente á esta Villa, dió impulso al complemento de las partes que aun faltaban; pues S. M. tan luego de haberlo visitado, se dignó conceder una rifa anual de alhajas y dinero á su beneficio, con cuyo recurso se dió fin en igual día 12 de Octubre de 1836.

El local adonde está edificado, no es el mas á pro-

(1) Aunque se demolió parte del antiguo hospital, cuando se dió principio á la abertura de los cimientos, se conservaron todas las piezas necesarias para el servicio del público, hasta que las nuevas estuvieran en disposición de hacerlo.

posito seguía los modernos adelantos; pero cómo se encuentra en tan reducido pueblo otro que mas lo sea? Difícil es la verdad; no obstante disfruta de la circunstancia de ser aislado, en situación de vistas agradables, pasando por su frente y costado el camino real de Castilla, y el caudaloso río de Ibañabal que luego toma el nombre de Nervión; al mismo punto, aunque algo distante, la pintoresca y tan nombrada montaña de Miravilla, á cuya falda se fundó el Bilbao antiguo allende el puente. Al otro lado la espaciosa plazuela de los S. Juanes, y á la fachada de zaguera ó lado del Oriente, el hermoso jardín del mismo establecimiento, que se comunica por un puente de piedra, proporcionando con él distracción y desahogo á los enfermos y yerbas medicinales para los usos botánicos.

Todo el edificio es de cantería, distinguiéndose las fachadas y galerías con sillaría finamente labrada. En las partes donde los muros son de mampostería, se diferencian con igual sillaría las cornisas, fajas, impostas, tableros, encuentros y marcos de puertas y ventanas. La fachada principal de columnas no forma ángulo recto con la de los tres torreones ó del camino de Castilla, línea que antes de fijarla hubo diferentes y encontradas opiniones, que luego debieron vencerse, sin duda por darla el frente á la población: 325 pies castellanos tiene de longitud al costado del camino, sin contar el saliente de la escalinata y grupo de columnas, y 97 la principal y su opuesta. El pórtico que da ingreso al vestíbulo y galerías, consta de cuatro columnas aisladas del orden dórico, de treinta y dos pies de altura, sobre las cuales está el coruscamento decorado con tríglifos, y ocupando el intercolumnio medio, se ve una lápida con letras de relieve doradas con la siguiente inscripción:

Enfermos que gemís en la indigencia
Aquí hallaréis solícita asistencia.
Año de 1831.

Sobre la banqueta y como remate de este cuerpo se eleva un escudo de armas bien trabajado, que representa la villa de Bilbao.

En cuatro cuerpos está dividida su altura; en el bajo estan las tiendas públicas hácia el camino, y al opuesto las bodegas, labaderos y subterráneos para combustibles cubiertos de bóveda; en el principal, pasando el pórtico y vestíbulo, galerías que circundan los patios, Sala de Juntas con su archivo, botica con su rebotica y laboratorio bien surtido, cocina con hogar de hierro colado, lindísima capilla que ocupó el centro, sala de anatomía, las dos escaleras á derecha é izquierda del torreón del centro para dividir los sexos; habitaciones para el Administrador, dos capellanes, dos cirujanos de guardia, un farmacéutico y el portero, que son los empleados fijos del Hospital; pues el Cirujano mayor y Médico habitan en el pueblo; todas tienen sus accesorias, como despensas, almocenas y cámaras bajas entre piso y piso. En los siguientes dos cuerpos estan los diez salones para enfermos con galerías al frente para desahogo, y en los extremos los cuartos de distincion, de practicantes, enfermeros y sirvientes, sin contar otras salas que pueden servir en casos apurados y

camaratos para secaderos. Para adorno de los patios y uso de la cocina, botica y caños interiores, hay distribuidas con regularidad seis fuentes corrientes y abundantes, de las cuales sirve una para beber.

En el vestíbulo interior mencionado, sobre las puertas de la botica y Sala de Juntas, están colocadas dos lapidas de piedra. En la una se lee:

Bilbao presta á tus males; oh pobreza!
Este asilo no agena de belleza.

Y en la otra:

La caridad aquí con blanda mano,
Socorro dá al enfermo, ejemplo al sano.

En las mismas paredes se ven otras lapidas menores de bronce, antiguas algunas(1), y una que la Junta consagra á los generosos bilbaínos.

Se concluyó á los 17 años de haber principiado, término muy largo á la verdad; pero que seguía el mismo orden de los ingresos para su costo que ascendió á 1.205,465 reales y 24 mrs. de vn. (2) Escesivo precio tambien para su magnitud; mas si se atiende que en tan dilatado periodo de años hubo que suspender infinitas veces los trabajos, que otras no contando con fondos suficientes, la obra se hacia mas ligera y luego volvía á reformarse, y por último las variaciones de la partes interiores que no estaban en el primitivo plan, no parecerá tan exagerado.

Muchos fueron los Maestros aprobados y no aprobados que intervinieron al principio en la direccion de los trabajos; de los primeros fué D. Agustín de Humaran, único Arquitecto en aquel tiempo; tambien tuvo parte en los momentos de fijar la delineacion el benemérito D. Silvestre Perez; pero la invencion del plan á nadie se debe mas que á D. Gabriel Benito de Orbezo, continuándolo despues, unas veces como aparejador y otras como Maestro el Arquitecto D. Antonio de Echevarría, sin poderse separar de lo que le habían trazado respecto á la planta general y á lo que el terreno permitia.

No es solo la parte material y arquitectónica la que llama la atencion al viajero que penetra en el interior de este recinto, sino el orden y particular esmero con que se atiende á la humanidad desvalida, prestándola todos los auxilios hasta ahora descubiertos, y bajo de este punto de vista puede servir de modelo á cuantos hay de su clase en España.

Me parece regular concluir este artículo, haciendo el elogio merecido al virtuoso y respetable anciano D. Gabriel Benito de Orbezo, secretario que fué de la Junta de caridad. Este generoso caballero que falleció en Octubre del año pasado, dió con su inteligencia y celo el mayor impulso á este proyecto; pero tubo la satisfaccion de llevar al sepulcro la gloria de haber dado el primer golpe de azeña en los cimientos y dejarlo concluido, libre de toda carga. Bilbao pues ha perdido con su muerte un buen hijo, y este

(1) Una manda de dos casas por Doña Maria Simona de Landaluze el año de 1683.

(2) No entra en este costo mas que las cantidades gastadas hasta la fecha en que se dió por concluida la obra, pues con posterioridad se han empleado con sumas considerables, merced á benevolencias al fin propuesto de un Dios servido hospital.

asilo de humanidad un hermano infatigable y benéfico. Su memoria no se borrará jamás de los fastos de esta Villa, ni de la de los infinitos parientes, amigos y pobres que socorria.

LORENZO FRANCISCO DE MONIZ.

POESIA.

La Noche.

Me place en los verdes prados
Por las noches vaguear,
Y á la luna preguntar
Por los años encantados
Que fueron arrebatados
Por el tiempo á no tornar.

Y trepar hasta la altura
Con presto y seguro pie,
Buscando lo que ya fue;
Y me agrada la frescura
Que se goza en la espesura
Donde el cielo no se vé.

Que en la noche encantadora
Amable es la soledad,
Y la modesta beldad
De la luna que á deshora
Con blandas tintas colora
Del monte la magestad.

Y en la noche misteriosa
Place el murmullo del mar,
Y á sus orillas orar,
Y á la bóveda espaciosa
Estrellada y vaporosa
Sus miradas levantar.

¡Tan dulce melancolía
Infunde el reposo allí!
Tanto me placen á mí
Una soledad humbría,
Y del agua la armonía
Tanto, luna, como á tí.

La luz del sol es hermosa,
Magnífico su esplendor;
Pero no tiene el dulzor
De aquella luz vagarosa,
Melancólica y medrosa
Como el suspiro de amor.

Tiene la noche un encanto,
Una magia celestial
Como el pudor virginal;
Y parece un templo santo
Dó suena sumiso canto
De aflijido funeral.

La lumbre que el sol despide
Del alma la paz ofende
Y sus placeres suspende;
Su dulce silencio impide,

A sus tormentos preside,
Y sus pasiones enciende.

Pero la noche, la luna,
El silencio, la quietud,
De estrellas la multitud,
No hay cosa mas dulce alguna,
Y mas si el poeta aduna
Los gemidos del laud.

Por los deleites del alma
Hizo la noche el Criador,
La llenará de su amor
Y diera sabrosa calma;
Por eso la noche encalma
Del espíritu el dolor.

Y por eso es agradable
Mas que luz meridional,
Y place tanto al mortal
En aquel silencio amable
El suspiro lamentable
De manso cañaverál.

Yo entristezco por el día,
Su brillo me dá pesar,
Porque viene á despertar
El corazon que dormía
En la bascosa agonía
De una existencia vulgar.

Es verdad que si no fueran
Los días para sufrir,
Acaso no mas venir
Esos encantos pudieran
Que en la noche nos esperan
Y hacen amable vivir.

Otros, que en profundo sueño
Gustan la noche pasar
Mas que la luna admirar,
Hallan el día halagüeño,
Y con semblante risueño
Suelen el sol saludar.

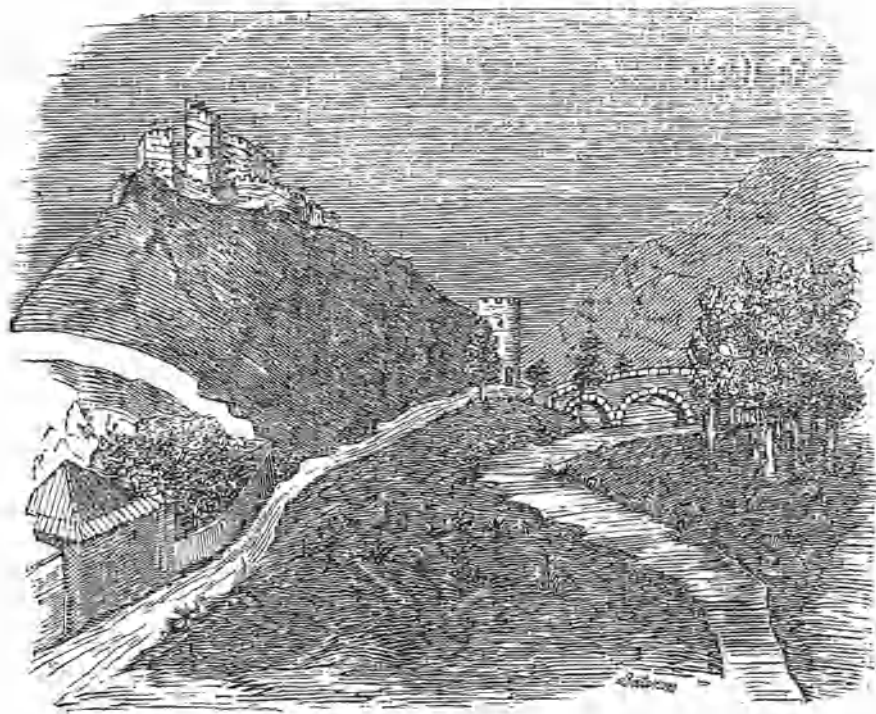
Pero yo, que la falsía
De la fortuna probé;
Yo, que perdiera la fé
Que en el destino tenia,
Y la doble hipocresía
A gran costa penetré:

Yo, que no espero en la vida
Ní placeres ni ilusion:
Que llagado el corazon
Llevo de profunda herida,
Y mi esperanza es perdida
Y mi recuerdo afliccion:

Me place en los verdes prados
Por las noches vaguear,
Y á la luna preguntar
Por los años encantados
Que fueron arrebatados
Por el tiempo á no tornar.

FELIX JIMENEZ.

ESPAÑA PINTORESCA.



Castillo de Osma, y puente de entrada de la ciudad sobre el Ucro.

ARTICULO I.

Apenas se deja á un lado la antigua villa de Aranda, y se sigue la margen del Duero, pobre aun, para dirigirse á la capital de la provincia, cuando se empiezan á oír por todas partes nombres de pueblos célebres, que recuerdan las hazañas de los antiguos castellanos. El Monasterio de la Vid, desierto hoy, y destinado antes á la morada de los Premostratenses, que primero se establecieron en España, es por su soledad y su grandeza, como una sombra amiga que se levanta de entre las ruinas para anunciar al caminante la destruccion y la pobreza que admirarán sus ojos en el suelo, donde como en Castilla toda, comenzó á levantarse una poderosa monarquía, que ayudada de la religion, llevó la cruz victoriosa hasta el trono de Boabdil, y con siete siglos de hazañas hizo eterno en la historia el renombre de sus hijos. No es la provincia de Soria de aquellas capitales de Castilla que presentan monumentos mas completos de su antiguo poderio; pero son tantos y tan importantes los restos de ellos, y de tal modo se enlaza su memoria con las antiguas glorias de España, que apenas se encontrará un pueblo cuyo nombre no haya sonado un dia como obje-

to de la atencion de un siglo; cuyos campos no hayan presenciado cien hazañas, ó cuyos desmoronados edificios no hayan servido de albergue á uno de aquellos hombres cuya fama ha llegado hasta nosotros.

Osma, Garray, Coruña, hé aqui tres poblaciones casi desiertas; pero estan al lado, ó se hallan construidas encima de las ruinas de *Uxama Argelae*, encima de las de Numancia ó sobre las de la antigua Clunia. ¿Y quién al volver los ojos hácia ellas podrá aportar su mente de la idea de la grandeza que allí se ostentó otro tiempo? ¿Quién no meditará, en la soledad de aquellas comarcas, en la ruina de tantos edificios? En uno de los tristísimos periodos de nuestra época, la meditacion en aquellos campos ha sido tambien nuestro consuelo. Lejos de las escenas crueles que presenciaba la sociedad en que vivimos, el eco de sus trastornos, las vibraciones de sus sacudimientos llegaban á nosotros sin fuerza casi, porque durante el dia habíamos estado viéndolas en otro siglo, con otros nombres por causas parecidas. El deseo de borrar del todo estas impresiones amargas, la ociosidad y el deleite que suele producir la investigacion, nos decidieron á conservar copiados ó escritos algunos de nuestros entretenimientos, que se leerán en el SEMANARIO.

porque no debemos negarlos á la amistad que los exige.

La antigua ciudad de Osma, que dá nombre á su obispado, es una poblacion insignificante. Colocada á la parte del Norte, al pie del cerro donde existió Uxama, el escaso número de sus moradores, y lo mezquino de sus edificios y la pobreza que por todas partes se descubre, dan una idea lastimosa de su estado actual. Algunas calles irregulares, una mediana iglesia, unas 50 casas, por lo comun de adobes, un castillo arruinado, y algunas reliquias de Santa Cristina, es todo lo que el observador encuentra tras el nombre célebre que le atrae á visitar esta ciudad de Castilla. El rio Ucero, unido con Avion la bañan por Oriente, separándola unos 300 pasos del Burgo, hasta cuyas murallas llega su término. Sus naturales son honrados y laboriosos, y aunque enorguñidos por lo comun un tanto con los antiguos privilegios de su ciudad desmoronada, no desdennan el formar parte de los mereados y diversiones frecuentes en el Burgo. Esta poblacion, crecida á sombra de un Monasterio de reglars de S. Agustin, donde está la catedral hoy, es como un hijo poderoso que ayuda á su anciana madre á conservarse. El mezquino aparato de las fábricas de Osma, y el hallarse como escondido el pueblo tras del monte donde existió Uxama, impiden diseñarlo con buen efecto. Así, queda á la derecha del puente sobre el Ucero que le da entrada, y está dominado todo por el castillo que copiamos en la lámina.

Pero por mas insignificante que parezca esta poblacion, su historia es célebre, y muy dignas de examinarse las ruinas que allí se encuentran. Osma es de los pocos pueblos que han conservado su nombre casi puro ó con pequeñas variaciones. Es la *Uxama Argelæ* que estuvo en la region de los Arevacos, Celtíveros; y ya hayan sido estos últimos sus fundadores, ya lo fuesen los Sarmatas, siempre Uxama es una ciudad cuyo origen se pierde en los tiempos. La primera vez que se menciona en la historia, era ya un pueblo grande que se defendia bizarramente contra el yugo de los romanos: Q. Flavio Novilius que venció á los sublevados Arevacos, tuvo que desistir del sitio que puso á Osma hacia el año de 600 de la fundacion de Roma. Despues, unidos con los Sejedanos los de Uxama, insistieron en la resistencia; y la destruccion gloriosa de Numancia fue la que puso término á sus esfuerzos, cuando aquietada la España tarraconense hubiera sido inútil toda tentativa.

Despues cuando el destierro de Sertorio, Osma tan solamente y Calaborra resistieron el triunfo de Pompeyo. Las armas victoriosas del Consul, los esfuerzos de Metello y la traicion en fin de Pergeña, no sirvieron mas que para aumentar la resistencia de los de Uxama, que llevaron la defensa de su libertad hasta un extremo increíble. El desierto campo donde se encuentran hoy los restos de algunos edificios, fué testigo de la ferocidad de los vencedores. Pompeyo destruyó los muros de la ciudad, hundi6 sus casas, y queriendo borrar el nombre de un pueblo rebelde, hizo á los Uxamenses partícipes de la gloria de los Numantinos.

Así desapareció por primera vez esta ciudad im-

portante, perdidos para la historia los detalles de sus proezas; pero su ventajosa situacion y la feracidad de sus contornos, la hicieron aparecer á poco repoblada, aunque alterado algun tanto su nombre. Plinio la comprende en el convento jurídico de Clunia; Antonino la menciona en su itinerario; y *Arenia* como la llama Apiano, *Uxaman*, *Fusaman* ó *Vesarian* como otros la escribieron, siempre es á nuestro ver la ciudad de Osma repoblada lentamente para aparecer de nuevo en la España Goda, como asiento de la Iglesia Oxómense, cuyos prelados autorizaron muchas veces las actas de los Concilios de Toledo. No faltan escritores que sostengan una nueva ruina en aquel pueblo desgraciado en tiempo de los godos; pero no es fácil ofrecer datos que lo prueben, y puede por todo creerse que empezada su repoblacion, hacia fines del siglo VII, la halló pobre é insignificante la invasion de los Sarracenos; pero no lo era tanto á mediados del VIII cuando D. Alfonso I de Leon la conquistó según las historias en 746.

Varia fué en aquel siglo y el siguiente la fortuna de los de Osma respecto de sus dueños. Apenas Gonzalo Tellez su caudillo por las armas de Castilla empezaba en 938 á reedificarla, reponiendo sus muros y sus torres para las continuas guerras de la época, cuando las huestes de Almanzor se dirijieron hacia el Duero, y aunque vencidas al fin por los Reyes de Leon y de Navarra unidos con Garzi-Fernandez, no dejaron de causar daño en la poblacion, que fué con otras teatro de la sangrienta derrota de los moros, como dice el cantar antiguo:

Desde Goranz á Calatañazor
Perdió Almanzor
Sus huestes y Atabor.

Mas no se aseguró por esto la dominacion de los Señores de Osma. Defendida por los cristianos ó atacada por ellos contra los moros, las guerras estorbaban á Osma el reponerse de sus antiguas pérdidas. Ni el esfuerzo de D. Sancho Garcia para restaurarla en 1019, ni la vijilancia de Alvaro Bermudez, ni la bizarría de los caudillos que la tuvieron á su cargo hasta 1159, nada bastaba entonces. Pedro Nuñez de Fuente Armejil, que sacó de Castilla al niño D. Alonso para libertarlo de su tio D. Fernando II de Leon, obtuvo esta ciudad en Señorio, sin que bajo su dominio adelantase en prosperidad; y acaso fué por esto por lo que en 1170, vemos revocada la donacion que autorizó á Nuñez para firmarse en un privilegio *principio de Osma*, y dar á Alfonso VIII esta ciudad en arras á su esposa Doña Leonor de Inglaterra.

Vuelta á la Corona, sin embargo, el obispo de Osma D. Mendo la obtuvo por el Rey en Señorio en 1214, pero los naturales reclamaron, y hasta 1420 los obispos alcanzaron, según el favor que disfavaban, ó tolerancia en sus intrusiones alguna vez concesiones favorables. Vivió al trono D. Juan II., y la repoblada Osma fué concedida al favorito cuya cabeza cayó en Valladolid en la plaza del Oshayo. D. Alvaro

de Luna fundó sobre Osma mayorazgo; mas alentado con su muerte en 1453, el obispo D. Pedro Montoya quiso reivindicar contra su hijo D. Juan de Luna los sonados derechos de sus predecesores. Dilatóse la sentencia por conocidas causas, y en 1503 concedió la Reina Católica á D. Diego Lopez Pacheco, el Señorío de Osma, como marido de Doña Juana de Luna, Marqueses ya de Villena.

Así los Duques de Uzeda y Frias han visto ir desapareciendo entre sus manos el importante Señorío que sus antepasados alcanzaron, y las reformas de la época separan á los Lunas, por la extincion de los privilegios, del dominio del pueblo célebre, que ostenta en sus pobres chozas los fragmentos de los muros que opusieron los bravos españoles á las victorias de Pompeyo.

Examinemos pues ahora lo que queda entre las ruinas de esta ciudad importante.

C.

COSUMBRES POPULARES.

DE JEREZ A CÁDIZ.

El Patron del Santa-Ceresa.

Lo mismo digo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no para la muerte; y el que V. podrá tomar, es, lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios... »

CERVANTES. Rinconillo y Cortadillo.

III.

Las nueve y diez minutos... Tengo que esperar dos horas mortales... Irse en los faluchos es una locura, porque, segun dicen, son el purgatorio del mar (ahora juravia sin escrúpulo que son el infierno) solo falta pues decidirse por la poesia ó la prosa, mas claro, por esperar sentado á la sombra de los árboles inmediatos, dedicado á dulces meditaciones ó en la casa próxima del montañés en amigable departamento con succulentas ruedas de salsichon, doradas sevillanas, pan ídem y acariciando una caña de lo bueno: mi boca se abrió, sentí una punzada aguda en el abdomen, y sin aguardar á mas, me lancé por instinto hácia la puerta de la fonda llamada Buenavista, dejando obrar á la materia bruta con notable detrimento del epilogo de un drama que estaba traduciendo en octavas reales, y cuya escena cuarenta pensaba terminar bajos los árboles ya citados.

Antes de entrar, viendo en un poste el anuncio de los vapores se me ocurrió la malhadada idea de tomar el billete con anticipacion, malhadada repito, pues de ella nacieron todas mis desgracias.

La ventanilla estaba cerca, di cuatro pasos, y al quinto me estrellé contra un coloso que con voz ronca me dijo reponiéndose— « Señorito va zumerse á Cádiz?—Si Señor (repuse incautamente y turbado aun con el encuentro) — « Puz vamoz que ze larga Zanta-Tereza; á zumerse estaba aguardando—No quiero fahrehas, me voy con el vapor; » y gané la ventana del despacho. El encargado á mi voz de « un billete para popa » echó rápidamente una targetilla verde sobre el angosto mostrador, al tiempo que saqué una ochentima (única moneda que poseia) y la dejé en el mismo sitio. El hombre del trepezon vió que se acercaba la crisis, y alargando su herbudo brazo tiró al interior la targeta y colocó su mano de Etopio sobre la áurea moneda, diciendo:—« ¿ Zeñorito, no vé zumerse que el vapor tarda trez años po lo meno; en veu? » Aparteme ofendido de tamaño libertad, y el hombre-pirámide que no deseaba otra cosa, se interpuso entre el despacho y mi personilla estendiendo su palma derecha y ofreciendome en ella la moneda que habia ocupado, regocijándose sus ojos al mismo tiempo en contemplarla. Este movimiento me desarmó y aun me animó á que mirase con desparajo á aquel mozo. Tenia una figura compendio de los tipos mas encontrados del mundo, inglés por lo alto, flamenco en lo gordo, bronceado como los mejicanos, mirada torva y penetrante á lo árabe, nariz judía y frente africana; un marcado tinte de malicia animaba estas facciones, y en el todo habia cierta belleza salvaje que no se puede describir. Llevaba tirado atrás, y un si es no es derribado sobre la oreja derecha, bajo sombrero de hule con el ala tendida y no muy ancha, chaqueta de lienzo (en dias mas felices blanco) colgada del hombro izquierdo; camisa rayada con fondo azul, cuando la chaqueta era blanca, ora parda; ancha faja morada de algodón malamente rodeada á la cintura; calzon de manga corta y zapato de cordoban con orejilla y sendos lazos. A mi alrededor se habian colocado ademas tres ó cuatro *ejusdem generis* que apenas dejaban rebullirme—« Señores que es esto... (dije)—Nalta, zumerse ez el amo y el que le tope á la ropa ze tiene que tirá cuatro pinjá con Jozé Pernaléz (contestó el personaje ya descrito) pero no ze viene zumerse?... mie que está bajando la marea: en media horita en Cádiz—Hombre sino quiero falucho, se va mal, caro y con pesadex—Zeñorito!... que no tengan laz gentez que isir que zumerse tiene el juicio calamocano: ¿ ze camina mal en Zanta-Tereza? cuando tiene una popa como un retablo y pongo yo (pó que Dios lo ha querido) una salea pa loz caballeroz mejó que un cojin, van como patriateax. Abra zumarzé, loz ojos y repare en eze barco... Ezo ze traga laz aguaz... Lo quez po loz moneax no reñiremoz, yo me llamo Consiensia, yevo á zumerse, y maguardo, y lo traigo aunque me venga é vasio, pó ná, zolo por el guzto é zervirlo, á mi no me yeba el interez, basta que zumerse zea quien éz... —Si todo eso es conversacion: luego no llegaremos á Cádiz en dos horas (repuse algo blando con el incienso y las razones de aquel *puz*)—Déjame jablá que un grillo vale doz calé y ze le ezeucha. ¿ Conque too ez palique!!... tengo yo cara é engañar á zumerse (dijo Pernaléz eadrandose y tirando para atrás el sombrero con la punta del pulgar.) Ya ze vé como hay tantoz *pinchos* en el ofisio ze cree... y uno; pierdan por otroz... Lo quez á Cádiz yegamoz

antes é isir Jezú, la mar está como un plato, la marea alta y la zompientez no ze zienten, me zomersó aquel barquillo que crusa ahora la larra, va é holina, éómo juyé!., y ezoz que tiene la vela como una selosía é barbero, que la mia está nuevesta... laz nueve y media zon, zino estamos en la balúa á laz diez, que me veá ajogao en sieno » y diciendo y haciendo me iba empujando, de modo que casi ya estaba en el embarcadero de madera al pie del cual se agrupaban los faluchos.— « Al fin si nos fuéramos ahora (dije con medias palabras) tal vez me decidiría; pero si V V, lo que quiero es embarcar pasajeros y luego no salen hasta que tiene buen flete— « Zeñorito (!) me paese que mi z prosezrez no son pá jablá de ze moo, ahora mi z mismo muz largamoz y ya no ze embarcá aunque viniere el Rey de Ezpaña ó la Zantizima Trinia: *Chiquiyo* (añadió levantando la voz, estendiendo el brazo y dirigiéndose á la tripulacion del falucho) *arria esa vela: Zancote toma ezaz palancas y al avio que ya ez hora é dirnos.* Zeñorito vamos al bote.— Pero hombre, sí... » No dije mas porque casi en volandas me hicieron bajar las escaleras y me empaquetaron en un sucia y desvencijado bote entre cuatro pipas de agua y cinco seras de carbon. Entraron conmigo, á mas de Pernaes, sus espías, ojeadores y comparsa, y me persuadí de que nos íbamos al ver toda la tripulacion del falucho en movimiento, subir y bajar por el palo, aprestar las palancas, las cuerdas y sonar las garruchas.

Llegué al costado del barco que era de mala construccion, viejo; estaba pintado todo de negro con una sola franja blanca, y en la popa tenia varios garrapatos que por conjeturas deduje que decían:

Santa-Teresa.

Falucho 149.

A la mar voy

Mis obras diran quien soy.

No me pareció la vela tampoco en tan buen estado como habia dicho el Patron, pues aunque hábilmente plegada colgaban sin embargo algunos girones y á tiro de cañon se veian los remiendos de distintos matices.

Salté, no sin peligro de romperme una pierna, y me encontré ya ocupado el asiento de privilegio por un esclaustrado con aire lego, con el apéndice de una jamona rancia, tuerta y con retorcido vigote; á mas estaban ya á bordo, un artillero de mirada encendida y viciosa, un padre de familias con cinco vástagos de distinto sexo y edades, que entre todos no compundrian veinte otoños, y una vieja balduda, tabacoosa, con dos mozas de casa llana; pero de lo mas desgarrado.

Levantaron todos confusa griteria al ver el Patron, protestando contra la iniquidad de tenerlos allí tanto tiempo en espera; traté entoces de defenderle alegando que ya nos íbamos, y todos me querian comer con su elocuencia, mientras que Pernaes viendo que le protegian la retirada, saltó en el boté y se fué otra vez á tierra sin cuidarse de las voces é improperios de aquellas mártires.

Contíneme entonces en monton y de barullo que hacia ya dos horas que aguardaban el momento de

partir, y que temian que aun tardase, coipadeciéndome porque habia caido en el lazo de los ardides de Pernaes. Este no venia, y lamentábase la tuerta de que no llegaría á hora de pillar á su marido en casa, mientras que el artillero le daba un fuerte pisoton y la miraba de soslayo por el lado de la ventana abierta, jurando tambien, maldiciendo, amenazando sorverse el Océano y comerse de un bocado á Cádiz; se impacientaba el lego, el fecundo marido acallando su numerosa y chilladora prole, suspiraba al ver tanta tardanza porque no podia encontrarse en el nacimiento de su sexto heredero, que segun decia (y era hombre de experiencia) se estaría verificando en Cádiz en aquel momento, y la vieja refunfuñaba porque no podíamos llegar á hora de los toros, sintiendo en el alma no llevar á sus hijitas a que se divirtieran algo, ya que siempre las tenia medidas en un puño.

Vuelve en esto Pernaes repitiendo la misma ceremonia de avisar á Zancote para las palancas y al otro para la vela; pero esta vez nos levantamos á una y descubriendo la trama á los nuevos, que eran dos contrabandistas, un inglés que iba á los toros y una gitana de buen parecer, rodeamos al patron cerrándole la salida: este sin perder la calma esclamó— « Zeñorez cayú y aguantase pó la guena, que esto parece una miza cantá zegun el río, ahora moz vamos á dir; estaba comprometio con ezoz cabayeroz y no ez razon ejar á naide feo... *Chiquiyo arria; vamos á laz palancas* » y el mismo tomó unas cuerdas y empezó á maniobrar de aquí para allá animando á cuatro pilluelos que hacian las veces de marineros. El falucho empezó á balancearse y á cabecear, todos entonces nos llenamos de alegría poniéndonos de pie sobre los bancos para ver quedarse atras al Puerto.

Luego que Pernaes vió la gente en tan buen estado, se colocó de pie en el costado que miraba hacia tierra, y con gritos desaforados, estendiendo los brazos y dirijiéndose (al parecer) á un grupo de los del embarcadero, esclamó— « Ya me largo.... (y suspendia figurando que respondian de tierra) que?... que?... no pue zer... dile á ezoz cabayeroz que á la guelta lo venden tinto.... luego me alfojarán ezoz ineroz.... aunque ze vayan á dir, eztoy comprometio pó largarme.... qué isez?... (y nadie chistaba en el Puerto) y no ez rason...—Pero pae. (dijo entonces el *chiquiyo* desde la vela ni vozte que ze quean loz ineroz... zaltozte en el bote y luego... á bien que en dando la guelta pronto... Ezo juro yo (contestó el padre) y de la boca me lo lizz quitaó, *chiquiyo* » Antes que nosotros tuviéramos tiempo de impedirlo ya Pernaes remaba en su bote hacia tierra.

Nuevas imprecaciones, nuevas protestas; pero todo inútil; encerrados en aquella escara no habia mas remedio que sufrir las despóticas disposiciones del Patron, ó arrojarse á las aguas del Guadalete como el desesperado Rodrigo.

Entró en tanto magestuoso el vapor y el estómago me empezó á dar fuertes toques á llamada, pues sus vacíos se ensanchaban considerablemente, con lo que acabé de desesperarme; el sol tambien por otra parte

nos detentaba los sesos y apenas podíamos rebulirnos en tan estrecho espacio. — Quince minutos, media hora, el vapor iba ya á salir y nosotros cruzados de brazos aguardábamos el fugitivo jefe de la máquina. Rezaba el uno maldiciones y gruñía la otra injurias, aquí se protestaba, acullá se meditaba venganza, hasta que de pronto apareció el gigantesco Pernalles con un bote lleno de gente. Sin duda que lo hubiéramos detectado entre las nievas á no reflexionar que era el árbitro de nuestras vidas por una hora, y que podía con un ligero movimiento enviarnos á pescar peces á mano; no se libertó, sin embargo, de una granizada de palabrotas, que á mi ver regaló su oído.

Impávido atestó en Santa-Teresa otros seis viajeros de diversas profesiones, sexo y edades y empezó á mandar la maniobra, brillando sus ojos de gozo al ver tan bien flutado su falucho.

Tendieron la rasgada vela con notable detrimento de los sombreros de los navegantes y de la cabeza del inglés, y el bareo empezó á adelantarse poco á poco ayudado de los remos y de las palancas, mientras que los marineros á compás entonaban con voz estentórea — « Quién va á Cais, que me voy. Quién za viene. Quién va á Cais... á Cais... á Cais... á loz toroz. »

Contar los pisotones, los ahogos, los sufrimientos motivados por los perfumes indígenas de la brea y el esborage y los exóticos de los pasajeros, las escenas á que dieron lugar la mezcla extraña de comerciantes, gitanos, frailes, mozas del partido, beatas, terceras, estudiantes de la tuna, chiquillos, contrabandistas, ingleses etc., los dichos de todos, las maldiciones de la tripulación y las indirectas del Patron (*Coge ese cohó, Zancole, malditas zean las entrañas é... — Que que oste, pae, gente é mundo — Oste señor giralda (1) me está pisando y á mi ningún frunchute... — Señora que alor viene de ahí, puf. — Pues aquí no ha sido, vaya un tio. — Esta tuerta es un sol y el artillero trata de hacer una disección. — Ji, ji, ji, papá é me achullan*) sería cosa de nunca acabar.

El viento era bueno y caminábamos á nivel casi con el vapor, el Puerto de Santa Maria estaba ya á nuestra espalda y las olas del Oceano se veian convertirse en espuma blanquísima en la rompiente de la barra; el Patron entonces quitándose el sombrero tomó un *achicador* (2) y dijo en tono sepulcral y solemne — « Una zalve á nuestra Zeñora pa que nos zaque con bien, y cuatro cuartoz ca uno pá laz ánimaz. » Todos los pasajeros estimulados por la presencia del peligro y mas por la necesidad, cumplimos con tan placidosa costumbre. — A mi ver las ánimaz benditas anda participan de aquellos sufragios; á no ser que Pernalles, llamase ánimaz á la teberuera y al montañés de donde bien me sé.

Fatigada mi vista con los torrentes de luz que despedía el oleage, fastidiado, saqué un Horacio en letra microscópica que casi siempre me acompañaba en

mis viajes, y me puse á leer la oda del « varon fuerte; » pero ¡oh estrella fatal! fue necesario dar un *cuarto* para entrar en el Oceano y la escota arrebató de mis manos el precioso libro, no sin peligro del inglés que recibió el empujon en la cintura y cayó sobre la vieja beata, pisó á la tuerta, cegó con los dedos al fraile, abolló la guitarra á uno de los estudiantes, y aplastó la chilladora prole del fecundo padre de familia.

Llegamos en fin á la bahía pasando por medio de mil buques de todas naciones, de las columnas de humo de los vapores reyes de la tempestad y de los vientos encontrados, y acompañados de una bandada de barquichuelos que de todas partes venian cargados de entusiastas por los toros y el *Zeñon Paquiro*. — Cádiz aunque algo desmejorada por haber perdido las golas que le prestaban las Américas, conserva todavia su grandeza, su movimiento y su vida; es una corte en miniatura.

Cada quisque daba cien vueltas y buscaba lo que no habia traído, los mas listos tardaron en saltar en tierra una hora, y yo mas que todos, pues luché con una dificultad insuperable al levantarme, los pantalones (blancos eran por cierto) formaron estrecha liga con el banco, gracias á la tercera del alquitran que con el calor del sol y el mio se puso como unas mieles, de modo que me pinté como es desuponer.

El Patron con el achicador, cobraba á la salida haciéndose el olvidadizo si era necesario volver algo, y los oficiosos pilluelos del muelle rodeaban á todos los pasajeros alegando por derechos para conducir el equipaje haberlo tocado el primero, ó se ofrecian á limpiar las botas, la ropa, enseñar las calles y hacer los mandados con aquella viveza y gracia propia de los *choros* (1) de Andalucía.

Coloquéme un pañuelo en los riñones, que colgando áirosamente disimulaba la mancha horrible del embebe, y renegando del Santa-Teresa y de su Patron fui á vestirme para los toros... Pero los toros de Cádiz bien merecen un artículo aparte y humor mas festivo que el que ahora me domina.

J. GIMENEZ — SERRANO.

BIBLIOGRAFIA.

Acaba de publicarse la última entrega del tomo II de la obra *Personajes célebres del Siglo XIX*, por uno que no lo es, y comprende la Biografía y retrato de D. F. Martínez de la Rosa. En los dos tomos publicados hasta ahora, figuran entre otros personajes extranjeros los españoles Jove Llanos, Florida-blanca, Orfila, Alvarez, Leon, Granina, Calomardo, el Empecinado, Morilla. Se reparte una biografía con su retrato cada domingo. El lujo de esta obra y su baratura le han atraído el merecido aprecio del público.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Jordan y Cuesta, y en las Provincias en los mismos puntos que el SEMANARIO.

(1) Nombre que dan en Sevilla y Granada á los ladrones en miniatura.

(1) Giraldos llaman en Sevilla á los altos, y como el inglés no era ciego, el contrabandista le aplicó el epíteto.

(2) Una especie de paleta de madera con que hechan el agua fría.